

303.4
G633
Ej.2

¿PARA DÓNDE VA COLOMBIA?

UN COLOQUIO ABIERTO ENTRE:

Alfonso López Michelsen

Miguel Urrutia

Boris Salazar

José Luis Villaveces

María Teresa Uribe

Orlando Fals Borda

Francisco Gutiérrez

Ricardo García

Jorge Hernán Cárdenas

Juan Carlos Salazar

César Vallejo M.

Belisario Betancur

Fernando Chaparro

Fabio Giraldo

Carl Langebaek

Hugo López

Francisco Thoumi

Mauricio Reina

Alfredo Sarmiento

Hernán Jaramillo

Manuel Rodríguez

Luis Jorge Garay

**Compilación y análisis de
Hernando Gómez Buendía**



• **TERCER MUNDO S.A.** SANTAFÉ DE BOGOTÁ
TRANSV. 2a. A. No. 67-27, TELS. 2550737 - 2551539, A.A. 4817, FAX 2125976

esta publicación ha sido realizada con la colaboración financiera de colciencias,
entidad cuyo objetivo es impulsar el desarrollo científico y tecnológico de colombia

diseño de cubierta: hécctor prado, tm editores

primera edición: febrero de 1999

© tercer mundo editores en coedición con colciencias

ISBN 958-601-832-6

edición, armada electrónica, impresión
y encuadernación: tercer mundo editores

impreso y hecho en colombia
printed and made in colombia



MARÍA TERESA URIBE DE HINCAPIÉ*

NOTAS INCIDENTALES A PROPÓSITO DEL "ALMENDRÓN"

El proyecto "Conocimiento, desarrollo y construcción de sociedad" tiene la virtud de evocar la reflexión, de provocar el diálogo, la conversación, el intercambio de ideas y opiniones sobre los temas eternos pero siempre frescos del devenir de las sociedades, temas y preocupaciones que se tornan más acuciantes en los años finiseculares o cuando las colectividades tienen la sensación de estar viviendo al borde del abismo. Y en esta coyuntura de la vida colombiana, ambos procesos parecen confluir, haciendo necesaria alguna forma de prospectiva.

En buena hora, Colciencias le ha brindado un espacio a la reflexión sobre el futuro, convocando para ello un grupo de académicos con amplia trayectoria, cuyo primer resultado es el documento con el que me propongo iniciar, o quizá mejor continuar una conversación que de vieja data ha circulado fragmentaria y parcialmente por los ámbitos de la vida universitaria.

Las tres partes del documento resultan sugestivas y provocadoras de comentarios y discusiones, pero respetando el espíritu de síntesis y de máxima agregación de su enfoque metodológico, así como su sentido hermenéutico —que entre otras cosas aplaudo— voy a centrar mis comentarios en dos aspectos: el núcleo generatriz o almendrón que es la piedra angular del proyecto, y la producción de bienes públicos o, mejor aun, la búsqueda de un grado más alto de racionalidad pública, que parece ser el propósito para la Colombia deseable, agregando quizá una pequeña coda sobre los "Siete puntos de entrada" en los que se echa de menos alguna hipótesis en torno a la generación, producción y divulgación de conocimientos; asunto menos visible y estridente que los puntos establecidos, pero profundamente enraizado y articulado con los fenómenos de la violencia, el déficit de legitimidad, la inserción económica, la pobreza y más específicamente la integración nacional.

A. EL NÚCLEO GENERATRIZ O ALMENDRÓN

El almendrón, entendido como un modo de organización social, como código de interacción o relacionamiento, como mentalidad; como manera de asumir la vida individual o en común; como racionalidad o sumatoria de ellas, resulta

* Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

del mayor interés para cualquier ejercicio de prospectiva, pues su desconocimiento o la negativa para aceptar su existencia, está en la raíz del fracaso, el desvirtuamiento e incluso la perversión de buena parte de las políticas públicas, las iniciativas privadas e incluso de las estrategias de cambio revolucionario.

Iniciativas y propósitos de transformación y cambio por lo general bien pensadas, exquisitamente diseñadas, técnicamente formuladas y puestas en práctica según los parámetros más estrictos de la ciencia y la tecnología pero, pese a las buenas intenciones y a la voluntad de acertar de sus autores, terminan estrellándose contra una realidad tozuda y persistente, que a veces parece seguir caminos de laberinto hacia futuros no deseables y en otras oportunidades es capaz de torcer el rumbo y establecer nuevos horizontes de futuro cuando al sentir de los intelectuales y de las razones ilustradas, el país marcharía ineluctablemente hacia el abismo.

Por esto considero que el mayor acierto del documento es haberse atrevido a plantear que el almendrón existe, aunque la aproximación a sus contenidos sea aún provisional, de límites difusos y elusivos y aunque para nombrarlo se hubiese recurrido al uso de las metáforas y las representaciones visuales, muy útiles para describir pero ambivalentes a la hora de las interpretaciones.

El almendrón, núcleo generatriz, construcción lógica, modelo interpretativo o como quiera llamárselo, ha sido la preocupación predominante de la reflexión sociológica sobre la moral (*mores*) y la sociedad desde Pascal, Comte y Durkheim, hasta Elster, Luhmann y Agnes Heller más contemporáneamente; todos ellos se han preguntado por qué "los hombres vistos por separado o en conjunto actúan como si siguieran reglas", como si existiese un orden implícito de valores y normas que dice cómo es el mundo y cómo comportarse en circunstancias cotidianas o en eventos nuevos o extraordinarios, y que provee las explicaciones para sustentar acciones de diversa naturaleza y contenido. Es decir, se preguntan por ese "yo social", que es al mismo tiempo el sustrato de la moral y la trama oculta de la sociedad.

En torno a las relaciones entre moralidad y sociedad está centrada buena parte de la producción sociológica de los últimos doscientos años, de la cual no podemos ocuparnos ahora; lo que importa para la discusión actual, es que en el llamado almendrón o Yo social, se encuentran: un modelo de moralidad o *ethos* sociocultural, centrado en valores que le dan sentido a las acciones y una urdimbre de relacionamiento intersubjetiva e intergrupala que, como dice Wittgenstein, le otorga forma a la sociedad.

De allí que sea posible —entre otras maneras de aproximación al almendrón— pensarlo como orden implícito, a veces en concordancia, a veces en franca contradicción, con el orden institucional público; a mi juicio, pensar el almendrón como orden implícito puede coadyuvar a poner de presente di-

mensiones y perfiles que pueden ser de mucha utilidad en un ejercicio de prospectiva con estas características.

1. ¿Qué implica pensar el almendrón como orden implícito?

Visto desde esta perspectiva, el almendrón sería ante todo un sistema de orden implícito, subyacente, de fronteras difusas y poco diferenciadas con el entorno, pero que le marca sentido, dirección, permanencia y relativo equilibrio al conjunto de la sociedad nacional.

a. Pensarlo como orden no implica en manera alguna que sea esquemático, simple o lineal; por el contrario, ese sistema de normas, valores, acciones y relaciones es de la mayor complejidad, pues se entrecruza con su entorno de múltiples maneras y en diferentes espacios y tiempos (¿simultaneidad de lo no simultáneo?). De allí que no sea perceptible de manera directa y que no soporte generalizaciones de corte empírico o definiciones sustantivas; es decir, el almendrón existe pero su existencia no es demostrable, sólo argumentable.

b. El almendrón, visto como orden implícito (vivido), no tiene en principio relación alguna con el orden institucional del Estado ni con la moralidad y la cultura impulsadas por éste (pensadas); por el contrario, visto desde allí, el almendrón puede ser percibido como caos, como desorden, como expresión de la inmoralidad y la ausencia de normas; lo que estamos señalando cuando aludimos al almendrón como sistema y como orden es que provee regularidades, secuencias, continuidades, repeticiones y certezas sobre lo que se debe hacer en cada caso y cómo comportarse en diferentes instancias y ámbitos de la vida social.

Es decir: el almendrón no es para nada caótico; se sustenta sobre valores, normas y formas de comportamiento de relativa aceptación y de alta eficacia pues, como es bien sabido, no hay una sola moral y ninguna acción o conducta es inmoral en sí misma; lo es, sólo con relación a otro sistema moral de premios y prohibiciones; de bien y mal; de esta manera, el almendrón puede trabajar en contra del orden institucional pero también a su favor: esto depende de la correspondencia entre uno y otro.

c. Sería preciso señalar también que el orden implícito o almendrón poco tiene que ver con la vigencia de un sistema jurídico o con la equívoca noción de orden público; de hecho, puede haber un sistema político relativamente estable, gobernable, con elecciones periódicas y con una estricta división de poderes que coexista, sin mayores tensiones, con altos niveles de violencia y corrupción; con la violación sistemática de la ley y los derechos y con la mayor impunidad; ya lo había descrito el historiador Eric

Hobsbawm¹ para la Sicilia mafiosa de principios de siglo, y es lo que permite explicar la aparente paradoja colombiana, de un estado de derecho con alguna legitimidad y gobernabilidad que coexiste con una altísima turbulencia social y el predominio de organizaciones guerrilleras, paramilitares y narcotraficantes.

El almendrón sería pues un sistema de orden, pero no tiene que ser ni justo ni bueno ni es de ninguna manera un ideal, un propósito colectivo para la construcción de una sociedad deseable, como lo propondría cualquier orden jurídico o sistema ético. El almendrón simplemente es; existe, es un hecho o mejor, un cúmulo de muchos hechos, que en medio de cambios, turbulencias y transformaciones, se mantiene, se reproduce y le otorga sentido y dirección al conjunto social.

Por contraste con los órdenes institucionales o con los modelos de planeación o prospectiva, el orden implícito del almendrón no es el resultado de la voluntad de nadie, ni de las acciones concretas de una persona o grupo social en particular; se produce socialmente, colectivamente; se transforma porque está produciendo permanentemente diferenciaciones y distinciones (de allí su complejidad); se expresa en los más diversos campos de la vida en común, así como en las mentalidades y sentidos de los sujetos; todo ello en contextos de larga duración y de manera imperceptible, casi invisible.

George Simmel ha descrito así estos procesos de construcción de órdenes implícitos: "... los pasos infinitamente pequeños crean la conexión de la unidad histórica; las acciones recíprocas de persona a persona, igualmente poco apreciables, establecen la conexión de la unidad social (...) tratase de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos organismos que se han hecho objetivos y que ofrecen una historia propiamente dicha"².

Este carácter colectivo, diferenciador y cuasi imperceptible del orden implícito o almendrón pone de hecho en cuestión algunas de las afirmaciones del documento que venimos discutiendo; en tanto que éste presupone que el nivel de agregación en los análisis es equivalente de lo macro y que lo micro sería una suerte de manifestación o expresión de fenómenos de gran envergadura o una simple variable aleatoria.

Sin embargo, las recientes teorías del caos, a las cuales un cierto enfoque sistémico de la sociología no es ajeno, vienen llamando la atención sobre la importancia de lo aleatorio y de lo micro en los grandes cambios y transformaciones de los sistemas y la famosa frase del físico Ilia Prigogine según

1 *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1983, pp. 61 ss.

2 *Sociología*, Madrid, Revista de Occidente, 1977, Vol. 1, p. 30.

la cual, el aleteo de una mariposa en Hong Kong puede producir un ciclón en las Antillas, está llamando la atención sobre lo aparentemente irrelevante y marginal, señalando al mismo tiempo que la complejidad no es patrimonio exclusivo de las grandes estructuras o macrosistemas; de esta manera, un pequeño insecto o un grupo indígena primitivo pueden ser tan complejos como aquellos de mayor tamaño o dimensión.

Es obvio que en un ejercicio de prospectiva como el que sugiere el documento, se apunte preferentemente a los grandes procesos y estructuras sociales; entre otras cosas porque no sería posible determinar con antelación cuáles de esos fenómenos micro o aleatorios pudiesen tener manifestaciones significativas o de mayor trascendencia; lo que sí parece importante es mantener en el ejercicio de la prospectiva, el horizonte de lo aleatorio y de lo complejo, que entre otras cosas no riñe con el nivel de agregación en los análisis; además, si bien es cierto que la función de toda ciencia es reducir la incertidumbre en la producción científica, ésta es siempre saludable cuando se interroga por el futuro.

- d. Cuando señalamos como características del orden implícito o almendrón la continuidad y la permanencia, no estamos aludiendo a ninguna forma de armonía, estabilidad o ausencia de conflictos y tensiones; pues de hecho los órdenes implícitos pueden ser turbulentos y en la mayoría de las ocasiones desequilibrados; a propósito dice Luhmann lo siguiente: "existen serias dudas acerca de si los sistemas que se describen mediante la noción de equilibrio sean reales; más bien se ha llegado a la convicción de que en el desequilibrio los sistemas adquieren estabilidad..."³.
- e. Pensar el almendrón como sistema de orden tiene además otra implicación: el orden no es un objeto; no lo son las tramas sociales ni los sistemas morales o *ethos* socioculturales; tampoco están situados en lugar determinado; en el centro o en la base, según la metáfora topológica que se escoja; el orden implícito está hecho de prácticas, de relaciones, de conductas individuales y colectivas; del acatamiento de ciertas normas, de conocimientos prácticos, de tradiciones y de usos, todos ellos dotados de sentido.

En síntesis: los órdenes implícitos son el resultado de la acción; lo sorprendente es que pese a la levedad, la complejidad, la tendencia a la diferenciación y lo aleatorio de las acciones y las prácticas de los sujetos, su conjunto pueda ser pensado como sistema de orden y aunque no exista en los sujetos o actores sociales la intención de producirlo, no pueden dejar de hacerlo.

3 Niklas Luhmann, *Sistemas sociales; lineamientos para una teoría general*, México, Anthropos, 1998, p. 18.

Si el orden implícito no es un objeto ni tiene un lugar determinado como harían pensar las metáforas topológicas, el almendrón no tendría que ser sustantivo, con contenidos permanentes y fijos, casi que invariantes, como lo han llegado a sostener antropólogos y sociólogos que profundizan en la vida social tratando de encontrar la esencia de la cultura nacional; el alma o el espíritu de la patria; el orden implícito es más leve, se diferencia, se transforma, toma del entorno, produce alquimias insospechadas y el sólo hecho de pensarlo y describirlo lo transforma pues, como dice el aforismo de la mecánica cuántica, el hecho de observar algo lo perturba⁴.

2. Instituciones o bienes públicos

Si el almendrón abre la posibilidad de volar hacia el futuro a partir de posturas metodológicas y analíticas muy novedosas, el apartado que se refiere a los bienes públicos y las instituciones, significa un cierto retorno hacia lo convencional, a las formas tradicionales del análisis que si bien han demostrado históricamente su capacidad explicativa, se sitúan en un registro menos agudo, de menor alcance y de posibilidades interpretativas más restringidas.

Hubiese sido interesante, antes de incursionar en lo institucional y sus costos de transacción, haber abordado el sentido de público, no sólo como lo contrapuesto a lo privado—que es como definir algo desde lo que no es—sino desde su propia significación; es decir, como el ámbito de la práctica política, del ejercicio del poder, de la representación y la elección; de las voluntades de acción y de transformación, de la constitución y difusión de la opinión pública; de los proyectos políticos, económicos y ético culturales; de la configuración de la sociedad política y el *corpus* ciudadano.

Desde esta perspectiva, lo público sería el mundo de la acción política, mientras que el Estado, las instituciones y los bienes públicos en general, serían formas de organización y gestión de lo público; su concreción y su expresión visible y empírica, cuyos propósitos serían la consecución de los intereses generalizables y compartidos por sus miembros; el establecimiento de las reglas de la convivencia y la reducción de las incertidumbres y los conflictos generados por la vida en común. De allí que valga la pena mantener la distinción entre lo público y lo estatal e institucional; los segundos hacen parte de lo público pero no lo acotan; son apenas una faceta o dimensión del primero; sus formas de organización y gestión.

Lo público con todos sus correlatos, también es un sistema de orden pero, a diferencia del almendrón, éste es un orden producido; creado por la voluntad

4 Luhmann, *op. cit.*, p. 22.

de los asociados, altamente racionalizado; con finalidades explícitas y consensualmente aceptadas y regido por leyes y códigos de obligatorio cumplimiento; por lo menos así funciona en los sistemas democráticos y de derecho.

Contrario al almendrón, que tiene como eje articulador lo colectivo, el orden de lo público se sustenta sobre la hipótesis del individuo; sujeto económico en el mercado y ciudadano en la esfera política; esfera que tiene su propia moralidad es decir su ética (el ciudadano ilustrado y el ciudadano virtuoso) y sus tramas de relacionamiento: entre los individuos y de éstos con el Estado y las instituciones; de contera, el orden de lo público se rige por una racionalidad instrumental muy minuciosa y detallada.

Esta mirada más amplia sobre el ámbito público, permitiría establecer un contrapunto muy prometedor entre los dos grandes sistemas de orden: el implícito del almendrón y el sistema de la política pública, del Estado y sus instituciones; con la condición de no abordarlos como dimensiones separadas pues precisamente en sus interacciones, sus confluencias y sus encuentros; es decir, en esa "zona gris" donde ambos órdenes confluyen, es donde puede resultar más prometedor un ejercicio de prospectiva, pues ya está más que demostrado que el cambio de las instituciones no logra cambios significativos en el orden implícito. Además, es precisamente en esa "zona gris" o de confluencia de órdenes donde puede entenderse a cabalidad lo que en el documento se denomina como fisuras y anomias.

Las fisuras, referidas según el documento al Estado-Nación, sólo serían tales si se las mira desde el orden de lo institucional público y esta mirada sólo arrojaría información sobre déficit y faltantes: déficit de legitimidad, de gobernabilidad, de democracia, de representación, de integración nacional; es decir, sobre lo que no somos o lo que nos faltaría para llegar a ser; pero aportaría muy poco sobre lo que somos; sobre la dimensión fáctica; la lógica de nuestras prácticas políticas y el sentido de las acciones de los sujetos individuales y colectivos en esas esferas.

Igual cosa podría decirse sobre la anomia, que según el documento, se refiere al comportamiento de los individuos; es cierto que éstos actúan aparentemente sin referentes en la moralidad pública o el orden institucional y estatal; también es cierto que su comportamiento a veces parece errático y sin acatamiento a norma alguna, pero esto ocurre porque el punto de mira es el orden de lo público; vistos desde allí, tendríamos que concluir que cunde el caos, que el desorden agobia, que el Estado desapareció y que hemos vuelto a una suerte de Estado de Naturaleza de tipo hobbesiano.

Visto desde el almendrón, o mejor aún, desde la "zona gris" donde confluyen los diferentes órdenes, se pueden percibir regularidades y continuidades; normas y valores que soportan las acciones; y estrategias de supervivencia social y política que sorprenderían no sólo por su riqueza y despliegue de imagi-

nación sino por su capacidad de producir equilibrios en medio de las mayores turbulencias; situación ésta que se advierte no sólo en la esfera privada sino también en el Estado y en las instituciones que producen bienes públicos; cuya flexibilidad, adaptabilidad, desinstitucionalización y capacidad para negociar el desorden y la desobediencia, han resultado de una alta eficiencia para mantener el poder y preservar la administración pública de las tentaciones militaristas y populistas de común ocurrencia en otros países latinoamericanos.

De esta manera, los loables propósitos de elevar la racionalidad pública; de promover la eficacia de la ley y otorgarle legitimidad e integración al Estado-Nación, pueden estar en abierta contradicción con los requerimientos exigidos para el mantenimiento de los diversos poderes (públicos y privados) que se soportan a través del uso de mecanismos informales: clientelistas, corruptos, patrimonialistas y violentos.

Actuar de acuerdo con la racionalidad emanada de la hipótesis cívica y del estado de derecho entraña un alto riesgo tanto para el *statu quo* como para los ciudadanos particulares; de allí las ventajas comparativas que puede representar para diferentes sectores sociales actuar de acuerdo con las racionalidades difusas pero eficaces del orden implícito o almendrón.

B. UN FALTANTE CRUCIAL

Esta reflexión, formulada de manera gruesa, es precisamente la que me lleva a echar de menos en la Sección C, los "Siete puntos de entrada", alguna reflexión en torno a la producción, divulgación y socialización del saber, el conocimiento y la ciencia; menos estridente y visible que los otros puntos y quizá ausente de las agendas nacionales e internacionales pero en relación directa con los puntos previstos.

Cuando aludo a este aspecto, no me refiero solamente a los modelos de educación formal o a las estrategias de ciencia y tecnología; me refiero a la formación de intelectuales públicos con autonomía individual, capacidad de acción colectiva y de interlocución con otros sectores públicos y privados.

Intelectuales (en el sentido gramsciano) que sean capaces de transformar los espacios de socialización y de acción social en general, convirtiendo las pedagogías ciudadanas en un eje permanente de la vida en común; de poco sirve reformar el orden institucional público, si no se incide en la acción individual y colectiva que es el ámbito donde se forma y se transforma el almendrón.

Comentario. ¿Habrá necesidad de recordar que, desde su cátedra y sus escritos, María Teresa Uribe de Hincapié ha sido una de las más perceptivas analistas de nuestro orden —o desorden— social? Por eso sus reflexiones tienen tal autoridad, y por eso enriquecen tanto nuestro diálogo: ¿cómo no disfrutar su lectura del almendrón en cuanto "orden

implícito", su aproximación alternativa a lo público y su llamado "gramsciano" a la intelectualidad?

Y sin embargo, aquí se asoman dos percepciones distintas del problema colombiano. Nosotros lo leemos "en clave" de racionalidad privada versus racionalidad pública; la profesora Uribe lo aborda en clave del orden implícito versus el orden explícito ("producido" o "altamente racionalizado", como precisa la autora). Así, la tesis de Uribe se ubica en la línea clásica del "dualismo" latinoamericano, donde un orden informal (implícito) y otro orden formal coexistirían, combatirían y sobre todo, se sobrepondrían —la fascinante "zona gris"—.

En cambio nuestro almendrón no es contrario ni es externo a lo público, lo político o lo estatal. Es un orden implícito y también explícito, una forma de organización que abarca la política y el Estado, igual que abarca la economía o las relaciones interpersonales. Es más: la "zona gris" está dentro del almendrón, porque éste consiste en la tensión entre una racionalidad pública y otra privada. De suerte que ni las fisuras, ni las anomias ni, sobre todo, la "zona gris", se reducen a las vecindades del sistema político o estatal, sino que inundan éste y todos los demás órdenes institucionales.

Para decirlo en una frase exagerada e inmodesta: el enfoque del almendrón es más comprensivo que el de la profesora Uribe —y no al revés—.